

Ha sido motivo de gran satisfacción para la Universidad, el que sus locales hayan albergado durante un mes las variadas expresiones de esta manifestación cultural europea en Chile.

Seminarios, conferencias, música y danza, cine y video, se han desarrollado en torno a esta hermosa exposición de las plazas de Europa. Nos ha llegado un reflejo del continente europeo y sus manifestaciones culturales, de lo viejo, de lo nuevo, y ahora, como un milagro de eterna juventud, de lo futuro. Porque Europa es de nuevo un proyecto, un esbozo, un embrión....y un modelo.

Y la plaza es como un signo que evoca esa realidad. La plaza configura un espacio ciudadano. Nos remite a la antigüedad clásica, a las creaciones políticas más importantes de nuestra cultura, en el agora o el foro. Nos remite a la vida comercial, al mercado, al centro de intercambio de bienes, servicios...e ideas. Bordeadas por iglesias, nos hablan del culto, nos remiten al sitio donde se imparte la doctrina, al lugar donde se manifiesta la majestad del estado o la solemnidad de las armas. Cuando se piensa en ese origen multicéntrico de la cultura europea, en esa red cuyos puntos nodales fueron las ciudades, se advierte que pocos símbolos podrían haberse hallado que fueran más adecuados que este de la plaza para evocar el recuerdo de Europa, y tal vez para insinuar su futuro de creación y de difusión cultural. Y en este país, donde las plazas polvorientas de la colonia, pobres pero auténticos reflejos de esas otras, fueron el núcleo de nuestras ciudades, en torno de las cuales se desarrolló el cuadrículado urbano, y se articuló nuestra propia vida cívica naciente, encontramos al mirar las plazas europeas, como una evocación del origen remoto de nuestra propia cultura, una especie de arquetipo.

Hoy día admiramos y nos alegramos de este renacer magnífico de Europa, como realidad y como empresa que se simboliza en sus creaciones urbanas novedosas y en el renovado esplendor de sus viejos monumentos. Quisiéramos pensar que no va a ser otra de esas grandes masas continentales opresivas que marcan la macropolítica de nuestro tiempo, sino que va a estar abierta, para dar oportunidades a otras naciones, edificando un mundo más solidario, más humano. Recuerdo poco después de la guerra, cuando vino aquí ese genial director de orquesta que fué Hermann Scherchen, cómo en el Teatro Municipal, frente a un público que lo aclamaba delirante, dejó oír su voz para decir: N'oubliez pas l'Europe. En su hora de pujanza, se le pide a Europa que haga verdad lo que el glorioso maestro pedía, en la hora de su desgracia, y que no olvide al resto del mundo, especialmente a aquellas naciones que no podrían encontrar un sentido pleno a su existencia cultural si se cortara o debilitara el lazo con ella.

Así interpreto yo esta manifestación cultural europea, como una mano cordialmente tendida, como un augurio de buenas y fecundas relaciones. Por eso esta Universidad que quisiera verdaderamente ser fiel a la tradición de universalidad de la cultura occidental, se ha alegrado de acoger esta manifestación europea, no sólo por lo que ella vale en sí misma, sino por lo que ella simboliza, por la esperanza que permite alimentar.